

VIDAL GUZMÁN, Gerardo, *Retratos de la Antigüedad Romana y la Primera Cristiandad*. Madrid, Rialp, 2007, ISBN: 9788432136344.

Retratar es captar los rasgos característicos, distintivos, de una persona en sus distintos aspectos (físicos, morales, sociales) y plasmarlos en una imagen que represente e identifique a dicho individuo. Esto –y mucho más– es lo que pretende y logra Gerardo Vidal Guzmán en *Retratos de la Antigüedad Romana y la Primera Cristiandad*. El volumen, tal como su autor lo aclara en la “Presentación”, forma parte de un proyecto escriturario más amplio y ambicioso, ya que se articula estrechamente y está “vitalmente conectado” con *Retratos de la Antigüedad Griega*, una obra anterior del mismo autor, y –según inferimos de la información de la solapa– se continúa en *Retratos del Medioevo* y en *Retratos. El tiempo de las reformas y los descubrimientos (1400-1600)*.

A lo largo de veinte capítulos, Vidal Guzmán –Doctor en Filosofía y Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Adolfo Ibáñez (Chile), a cargo de los cursos de Filosofía y Literatura Antigua de dicha facultad– traza la semblanza de una serie de personalidades pertenecientes a ámbitos diversos (político, militar, intelectual), cuidadosamente seleccionadas en función de su representatividad: Bruto, Régulo, Aníbal, Escipión, Catón, Livio Andrónico, Ennio, Plauto, Cicerón, Julio César, Augusto, Virgilio, Horacio, Ovidio, Tito Livio, Tácito, San Pablo, Trajano, Papiniano, Justino, Tertuliano, Plotino, Constantino, Arrio, Atanasio, San Juan Crisóstomo y San Agustín, para mencionar sólo los más relevantes.

Si nos atenemos a las palabras del propio autor, los temas tratados en el libro y a los que remiten dichas semblanzas son principalmente la conformación de la cultura de Roma a partir de la asimilación y elaboración particular del legado de Grecia, y la configuración del mundo cristiano en el proceso de diálogo y confrontación con la herencia romana. A modo de guía, cada capítulo está encabezado, además del título, por un subtítulo que, por un lado, explicita la importancia del personaje considerado, y, por el otro, condensa el núcleo conceptual que se pretende transmitir en dicho capítulo (“De Bruto a Régulo. Las costumbres de los antiguos”, “Julio César. Los nuevos rumbos de la política”, “Papiniano y los jurisconsultos. El derecho romano”).

La obra se complementa con una serie de apéndices de gran utilidad y valor didáctico: un texto sobre “Los orígenes míticos de Roma”, una “Cronología del mundo romano”, un mapa del imperio romano, un índice de obras artísticas y literarias y otro de nombres y lugares. Si bien el epílogo nos habla sucintamente de la caída del imperio y del reinado de los pueblos germanos y su alianza con el cristianismo, el texto incorporado como primer apéndice, al parafrasear el/los relato/s de los orígenes míticos de Roma, nos devuelve al nacimiento de ese imperio, poblado y construido por las personalidades que desfilan, en orden de aparición, por las páginas del libro. De este modo, una estructura (¿intencionalmente?) circular asegura el eterno retorno de la Ciudad Eterna.

Con respecto al estilo, Vidal Guzmán nos advierte desde el comienzo sobre la “forma llana” y “no excesivamente gravosa” de su prosa. En aras de este propósito, evita el exceso en la mención de las fuentes de sus afirmaciones, y se desentiende de indicar con meticulosa precisión las referencias de las citas incluidas. En lo que respecta a las fechas, se percibe la misma actitud: sólo se señalan las más relevantes y significativas, que aseguren una adecuada ubicación temporal, con la evidente intención de privilegiar las causas y los procesos por sobre los números. Y, efectivamente, consigue dotar a su obra de un dinamismo y agilidad que testimonia (y transmite) el entusiasmo de su autor por la materia tratada.

A partir del estilo, podemos inferir el lector al que va dirigido el libro, el público que el autor tuvo en mente a la hora de concebirlo. Evidentemente, apunta a un receptor no académico, que busca un primer acercamiento a la antigüedad romana y al mundo cristiano. No obstante, posee un indiscutible valor como material didáctico para docentes y estudiantes universitarios de los primeros años. Y ello porque la fluidez de su estilo no impide un tratamiento profundo de las cuestiones propuestas, que son abordadas en su complejidad intrínseca, intentando no sólo describir o narrar sino también explicar (¿cómo caracterizar la postura ideológica de Tito Livio?, ¿por qué Trajano, *optimus Princeps*, legitimó la persecución contra los cristianos?).

Del mismo modo, un empleo medido de palabras en latín, como otro de los recursos para amenizar la prosa, se corresponde con la preocupación por traducir y aclarar la

significación y dimensión de los conceptos que subyacen a dichos términos (*fatum*, *gravitas* y *pietas*, entre otras). Este rasgo devela, por un lado, la pericia de Vidal Guzmán en la materia, y, por el otro, la intención didáctica que anima su escritura.

Intención que también se percibe en las técnicas y recursos empleados: en el relato de anécdotas con cierta dosis de humor, que confieren amenidad al discurso y remiten al precepto de “enseñar deleitando”, así como en la descripción y análisis de elementos que contribuyen a ejemplificar e ilustrar una situación o un carácter determinado. Por citar sólo algunos ejemplos, el *Ara Pacis*, la estatua de *Augusto de Prima Porta* y la columna de Trajano funcionan como elocuentes metonimias de los regímenes de gobierno de ambos emperadores.

En el mismo sentido, el relato de determinados episodios significativos de la vida de algunas personalidades o bien de alguna de sus obras constituyen también pinceladas singulares que nos transportan a una visión de conjunto sólida y verosímil. La narración de los episodios del encuentro de Dido y Eneas y del descenso de Eneas al infierno, por ejemplo, le bastan al autor para caracterizar al héroe y la significación ideológica de su empresa y de la *Eneida* toda.

Por último, el trazado de paralelismos entre personajes pertenecientes a distintas épocas pero que tienen rasgos en común (Tito Livio y Tácito, Horacio y Ovidio, Cicerón y Virgilio) o bien entre doctrinas y sistemas (estoicismo y *mos maiorum*, estoicismo y cristianismo) dibuja hilos que unen entre sí, a la vez que los explican, a los diversos personajes abordados en el libro.

La escritura trasciende el retrato de figuras individuales –pretextos y puntos de partida– para devenir en la exposición y caracterización de procesos, fenómenos e instituciones, verdaderos protagonistas de las semblanzas. Así, cobran vida los grandes relatos (ideológicos, filosóficos, religiosos) que atravesaron la vida y la cultura romanas, y que aún hoy se renuevan en múltiples investigaciones académicas: el *mos maiorum*, ese inasible corpus de valores y actitudes, la tradición por excelencia, objeto de idealización y rescate permanentes; el estoicismo y su cultivo por intelectuales vinculados íntimamente al poder (Séneca, Marco Aurelio); el cristianismo, en su evolución desde una posición marginal a su estatus de religión oficial, germen de la nueva civilización.

Las semblanzas que integran este libro componen así un gran retrato de Roma y de su civilización, de su cultura y de sus herederos. Cada retrato individual, cada una de sus pinceladas contribuye a delinear el gran fresco-mural de la Urbe eterna. A esta propuesta de lectura nos invita Vidal Guzmán en las palabras de presentación, al caracterizar a sus retratos como cuadros impresionistas: para percibir claramente las figuras, y no simples manchas informes, debemos contemplarlos desde cierta distancia.

Luis Marcelo Martino

(CONICET - Universidad Nacional de Tucumán, Argentina)

marcelo_martino@hotmail.com